



Los ojos.

¿Es verdad que los ojos son el espejo del alma? Yo, ni lo afirmo ni lo niego. Pero me atrevo á asegurar que constituyen, *passez moi le mot*, la más fundamental de las facciones humanas.

Con buenos ojos no hay mala cara. Y, todo al contrario, el más bello rostro se desfigura bajo la influencia de unos ojos feos.

Hay muchas personas que tienen la nariz mal conformada, y sin embargo, aparecen agradables. ¿Por qué? Porque tienen los ojos hermosos.

Poned á un chato un par de ojos de mala catadura, y habréis dado un aspecto de todo punto ridículo. El infeliz no podrá tener amigos entre la gente de gusto.

Poned á un narigudo un par de ojos de naturaleza sospechosa, y le habréis proporcionado un aspecto por todo extremo repugnante. El misero no logrará establecer comercio de simpatías entre los sujetos de buen olfato moral y estrecha conciencia estética.

Los ojos dan el tono al semblante, como el claroscuro á los cuadros.

Como hay cuadros incorrectos, bajo el punto de vista del dibujo, que se hacen admirar, no obstante, por la riqueza de los tonos, así hay semblantes irregulares y un contrahechos, bajo el punto de vista de las líneas, que se convierten en tentadores y áun en irresistibles por la iluminación de los ojos.

Los ojos forman la fisonomía del hombre real y positivamente.

Por eso los cadáveres, en rigor, no tienen fisonomía.

Por eso, en rigor, no tienen fisonomía los ciegos.

Un ciego es un cadáver ambulante.

Un cadáver es un ciego sin movimiento.

A entrambos los des fáltales la luz de los ojos, es decir, la luz de la vida.

¿Será verdad que los ojos son el espejo del alma?

Si lo fueren, en puridad, no pocas conozco yo atravesadas como intencion de escribano marrullero, y torcidas como vara de juez relapso.

¿Qué miradas las miradas del débil sexo!

Todas son omnipotentes.

A su antojo, y de improviso, producen en el más fuerte varon los efectos más disímiles y los más contrarios afectos.

La piedad, la cólera, el amor, el odio, los celos, la fe, la duda, la resolución, el terror, la osadía, germinan por espontánea y sucesiva manera al calor de los efluvios luminosos de las femeninas pupilas.

Pero no sólo son omnipotentes los ojos de la mujer, sino que son aún más que eso, pues son ademans infinitos.

Cuando ellos hacen sentir, hacen sentir con todo el cuerpo y con toda el alma.

Cuando ellos hacen pensar, hacen pensar con toda la intensidad racional posible.

Como ellos soliciten, no hay medio de resistirse.

Como ellos prohiban, no hay medio de rebelarse.

Al poder, ya lo hemos dicho, reúnen la seducción.

¿Cuántas y cuán fuertes tentaciones no esconde, bajo la suave penumbra de las arqueadas pestañas, el lánguido mirar de esos ojos magnéticos que diríanse amasados con lágrimas y con suspiros del alma!

Yo he comprendido más de una vez la tragedia del Paraíso y más de una vez he disculpado la punible debilidad de Adán ante Eva.

En esta tierra de España, que es la tierra de los ojos incitativos y de las ojeadas inescrutables, todos somos Adanes una vez ú otra, y estamos en peligro de serlo ciento.

Para nuestras mujeres, los ojos, no sólo son el primero de los sentidos y la mayor de las potencias, sino que son á más de esto la más terrible de las armas.

Con los ojos matan y resucitan. Con los ojos lo hacen y lo pueden todo.

Porque, aparte de su intrínseco valor, prestalles el alcance de un manejo concienzudo. ¿Quién se escuda contra sus asechanzas?

Más dichosos los que pecan en semejantes condiciones, supuesto que pecan con circunstancias atenuantes.

Con más, que toda prevención es inútil contra ellos.

Amén de ser un sentido y ser una potencia, son por añadidura un tirano.

Es preciso ver, aunque no miremos, y es preciso ver cómo vemos, aunque como debemos no veamos.

Los puros contornos de un lindo rostro de mujer nos cautivan apesar nuestro.

Apesar nuestro nos repugna el áspero visaje de un continente atrabiliario.

Los ojos azules difunden una misteriosa dulcedumbre que engendra la ternura.

Los ojos negros arrancan de sus ardientes profundidades rayos de contagiosa energía que despiertan las pasiones varoniles.

Los ojos garzos comunican la voluptuosidad á torrentes.

Los ojos grandes predisponen para la admiración y el respeto.

Los ojos chicos inspiran la desconfianza.

Los ojos rasgados imponen el amor y revelan la franqueza.

Los ojos entreabiertos indican la timidez ó el pudor y provocan á la ilusión y á la confianza.

Los ojos abultados, más propios de pájaros nocturnos que de humanas criaturas, repelen.

Los ojos insinuantes atraen.

Los ojos del hombre mandan.

Los ojos de la mujer seducen.

¿Será verdad que los ojos son el espejo del alma? Yo ni lo afirmo ni lo niego. Pero me inclino á sospechar que son, por lo menos, las ventanas donde se asoma sin quererlo y sin saberlo.

El estudio de los ojos debiera constituir una parte de la enseñanza académica.

La psicología ganara con esta novedad no poco.

Porque en el globo del ojo está el espíritu impalpable, como en el huevo de la gallina está el pollo embrionario.

No sin razón se ha dicho que los ojos son muy elocuentes.

En la fisonomía de la mujer, en esa especie de cielo breve é inefable en donde brillan como las rutilantes estrellas en el azul firmamento, es en donde la elocuencia de los ojos se muestra con mayor fuerza persuasiva.

¿Qué miradas las miradas del débil sexo!

Todas son omnipotentes.

A su antojo, y de improviso, producen en el más fuerte varon los efectos más disímiles y los más contrarios afectos.

La piedad, la cólera, el amor, el odio, los celos, la fe, la duda, la resolución, el terror, la osadía, germinan por espontánea y sucesiva manera al calor de los efluvios luminosos de las femeninas pupilas.

Pero no sólo son omnipotentes los ojos de la mujer, sino que son aún más que eso, pues son ademans infinitos.

Cuando ellos hacen sentir, hacen sentir con todo el cuerpo y con toda el alma.

Cuando ellos hacen pensar, hacen pensar con toda la intensidad racional posible.

Como ellos soliciten, no hay medio de resistirse.

Como ellos prohiban, no hay medio de rebelarse.

Al poder, ya lo hemos dicho, reúnen la seducción.

¿Cuántas y cuán fuertes tentaciones no esconde, bajo la suave penumbra de las arqueadas pestañas, el lánguido mirar de esos ojos magnéticos que diríanse amasados con lágrimas y con suspiros del alma!

Yo he comprendido más de una vez la tragedia del Paraíso y más de una vez he disculpado la punible debilidad de Adán ante Eva.

En esta tierra de España, que es la tierra de los ojos incitativos y de las ojeadas inescrutables, todos somos Adanes una vez ú otra, y estamos en peligro de serlo ciento.

Para nuestras mujeres, los ojos, no sólo son el primero de los sentidos y la mayor de las potencias, sino que son á más de esto la más terrible de las armas.

Con los ojos matan y resucitan. Con los ojos lo hacen y lo pueden todo.

Porque, aparte de su intrínseco valor, prestalles el alcance de un manejo concienzudo. ¿Quién se escuda contra sus asechanzas?

Más dichosos los que pecan en semejantes condiciones, supuesto que pecan con circunstancias atenuantes.

Los hombres, á la postre, son hombres.

Héme aquí, al fin, frente á frente de la misma pregunta que al principio. ¿Es verdad que los ojos son el espejo del alma?

Yo lo creí durante algun tiempo y áun no sé si dejo de creerlo ahora.

Lo que puedo asegurar, y confieso sin reserva, es que abrigué en diversas ocasiones una pertinaz sospecha, á saber: que había almas negras como las alas de los cuervos, que había almas soñolientas como el mirar de ciertos ojos inmóviles, que había almas embusteras como el disparo de ciertas sonrisas artificiales.

Y es que he pensado sorprender las tales almas asomadas á los ojos de no pocas criaturas angelicales y diabólicas juntamente.

En lo que no cabe duda, es en que los ojos constituyen, *passez moi le mot*, la más fundamental de las facciones humanas.

Son al semblante los ojos lo que á los cuadros la atmósfera.

Nuestra fisonomía está en ellos toda entera.

Cambiad los ojos, y habeis cambiado la cara.

Si no son transparentes, no son ojos.

Tristes, han de afligirnos.

Alegres, han de regocijarnos.

Enamorados, han de enardecernos.

Han de encolerizarnos iracundos, y han de comovernos piadosos, y han de animarnos audaces, y han de seducirnos tímidos.

En su cristalino disco esperamos encontrar la revelación de todos los enigmas.

Para penetrar los secretos de la conciencia interrogamos á los ojos.

Por eso mienten con tanta facilidad y engañan con tanta frecuencia.

PABLO NOUGUES.

Fisiología.

La trasmisión hereditaria de los caracteres y atributos físicos y morales, es uno de los problemas más interesantes y más oscuros de la fisiología, sin que hasta ahora nadie haya podido explicarse el cómo ni el por qué de aquélla.

Hace mucho tiempo que los fenómenos que se originan de la física y de la química han perdido el carácter misterioso que se les atribuía antes del descubrimiento del calor, de las afinidades químicas, de la luz y de la electricidad; mas para todos continúan envueltas en sombras las causas que prueban los fenómenos de la herencia, estando bien lejos de poder remontarnos á la causa primitiva, en la que tienen todos aquellos el mismo origen.

Este asunto no ha sido aún suficientemente estudiado para que pueda esperarse una próxima solución, por lo cual deben irse multiplicando y coordinando las observaciones, y agrupando cuidadosamente los hechos curiosos observados por los especialistas, para que algun día arrojen éstos la suficiente luz para adivinar las causas en que se funda la trasmisión hereditaria de caracteres.

Desde muy antiguo se han ido observando los fenómenos hereditarios, especialmente los que afectan á las facciones y á la configuración de los cuerpos. Entre los romanos del tiempo de los Césares había familias que se distinguían por sus caracteres físicos: unas por sus grandes narices, otras por sus gruesos labios, otras por la magnitud de sus cabezas, otras por lo voluminoso de sus carrillos. En la familia Lepidus, dice Montaigne, tres de sus individuos nacieron con un ojo cubierto por un cartilago. En los tiempos modernos se ha visto la familia Lambert, cuyos vástagos varones hasta la quinta generación nacieron con todo el cuerpo cubierto de escama como la de los peces, excepción de la cabeza; también se ha visto la familia Jeltichief y su hijo, llamados los hombres-perros, que se exhibieron en París y Berlin hace tres años; lo cual son ejemplos patentes de la trasmisión de una anomalía.

El sexdigitismo, ó sea la presencia de seis dedos en los pies y manos, es un fenómeno que se ha presentado en varias familias como una derogación brusca del estado normal, y cuyo fenómeno se ha transmitido sucesivamente á varias generaciones, no cabiendo duda que si hubiese sido posible cruzar rigurosamente entre sí estas familias, se habría obtenido una raza

sexdigitaria que habría facilitado incomparables pianistas y flautistas.

Los leporinos, los albinos y otros, son un efecto de fenómenos que se reproducen comunmente durante cuatro ó cinco generaciones, y se necesitan por lo menos diez ó doce para poder extirparlos.

La trasmisión de temperamentos no es ménos frecuente que la trasmisión de singularidades corporales. La longevidad, que puede considerarse como un indicio de la energía constitucional, es también hereditaria en ciertas familias, habiéndose presentado casos en que los miembros de una familia, gozando de una perfecta salud, sin embargo nunca han pasado del límite de cierta edad; como por ejemplo, citaremos la familia Turgot, cuyos vástagos, por espacio de gran número de generaciones, ninguno pasó de cincuenta y nueve años. En tiempo de Luis XVI de Francia, Turgot, que era entonces primer ministro, al doblar los cincuenta años comunicó á sus amigos la convicción en que se hallaba de que apesar de su excelente salud estaba próximo el término de su vida, por lo cual fué preparando todos sus asuntos hasta que vino su muerte ántes de cumplir los cincuenta y cuatro años.

La fecundidad lo mismo se asocia con la longevidad como con la corta duración de la vida, pues persiste en las familias cuyos miembros ofrecen individualmente un gran vigor en la constitución y un alto grado de vitalidad, lo que ha sido demostrado por M. Ribot, quien menciona muchos casos de este género entre la antigua nobleza de Francia, figurando entre ellos Ana de Montmorency, que apesar de su nombre de pila femenino, fué, sin embargo, padre de doce hijos, y tres de sus antecesores tuvieron juntos diez y ocho hijos, de los cuales hubo quince varones; también figuró como familia muy fecunda la de los cuatro primeros Guisas, quienes contaron cuarenta y tres hijos, de los cuales treinta eran varones.

Es también trasmisión muy frecuente, y que interesa en alto grado á la ciencia médica, la de los vicios que afectan al sistema nervioso. Las afecciones corporales que más comunmente se transmiten, son las que tienden á un estado general de temperamento que predispone á alguna dolencia especial. La variedad de formas bajo las cuales puede presentarse un mismo vicio constitucional, demuestra que hay trasmisión de una afección general de la constitución y no de una singularidad que afecte á un órgano particular, áun cuando la dolencia aparezca constante en algunas generaciones sucesivas, como sucede con los escrofulosos, los cancerosos, la consunción tuberculosa, la gota y ciertas enfermedades cutáneas, pudiendo esperarse (lo que no sucedería si la trasmisión fuese exclusivamente en una sola parte del cuerpo), por medio de precauciones bien entendidas, paralizar los gérmenes del mal, curando la predisposición del mismo.

También se transmiten por herencia la fuerza en determinados músculos que predispone hacia ejercicios especiales, de lo cual se encuentran varios ejemplos en el Norte de Inglaterra, donde hay famosas familias de lidiadores y remeros.

Darwin cuenta curiosos ejemplos sobre la trasmisión de la manera de formar los caracteres de escritura; este señor ha observado en varias ocasiones un exacto parecido entre los escritos de un padre y los del hijo, lo que también se ha visto comprobado por los autógrafos de un gran coleccionista, entre los cuales se encuentran documentos de un padre y un hijo que apenas pueden distinguirse más que por la fecha.

Tram rege.

Es general la idea de que Grecia sólo dió al mundo siete sabios, pero según la historia de aquel imperio, fueron diez y seis las *lumbreras de la ciencia*.

Las máximas de aquéllos son asunto tan grande para trabajo tan humilde como el que me propongo y puede ofrecer mi débil pluma, que vacilaria en acometerle si no me alentara noble y decidido empeño.

Supla, pues, á lo modesto de mi inteligencia lo inquebrantable de mi voluntad, que irresistiblemente se fija en una de las

más fuertes y sólidas columnas de la privilegiada nación que un día dió sus leyes á Roma.

Es de Periandro de quien voy á ocuparme, de ese sabio, objeto en todos los siglos trascurridos, desde su advenimiento al mundo científico, de universal admiración, y ante quien hasta sus propios émulos curvaron la cabeza.

Periandro vivió en el siglo VII ántes de Jesucristo, y era natural de Corintio.

Fué aventajado filósofo, político y poeta, y reinó durante cuarenta años, diciéndose que la mejor salvaguardia de los reyes era el amor de sus súbditos.

Todos le tenían por hombre de buena fe, generoso y de grandes virtudes.

Habiendo dicho una vez, que en su reinado «había más espinas que flores», por lo que le aconsejaron que lo dejase, contestó «que no había ménos peligro en dejarlo que en tenerlo».

Este sabio, como todos los de aquel imperio, logró este nombre sólo por haber legado una limitadísima máxima, sin que por esto quiera yo decir que no extendiera sus vuelos con la pluma en dilatados giros, pues según la historia de sus tiempos, escribió en verso y en prosa libros que ilustraron muchísimo, y que todos ellos fueron considerados de gran utilidad.

La sabiduría no consiste en escribir grandes volúmenes, como es comun opinión entre los necios, que juzgan como sabio únicamente á aquel que escribe mucho y habla más, sino escribir ó hablar pocas palabras y que éstas sean acogidas y veneradas por todos.

Sabio hubo en aquellos tiempos que escribió muy poco, y sólo se decía de él que era hombre de pocas palabras; pero sin embargo, él, como todos los demás, dejó su máxima, eternizando en las generaciones futuras un recuerdo que ha vivido ajeno á la corrupción de los tiempos, en los inmortales archivos de nuestro cerebro.

Todas ellas y cada una de por sí, bien observada y definida, hará un perfecto sabio del que la practique, y si no, veamos algunos ejemplos de la que dejó Periandro, y que traducida al castellano dice así:

Corregir los ímpetus de la ira.

Por esta inolvidable máxima vemos que el vicio insidioso de la ira, no refrenado, basta para turbar todas las virtudes existentes, introduciendo en nuestra sociedad y en nuestro modo de ser la más confusa inquietud.

Dominando la ira con la templanza, podrá llegar el hombre á ser feliz y dueño de todas sus acciones.

Ya sabemos que en nuestro ánimo nada se altera con más facilidad que la pasión de la ira, porque como es natural que todos se amen á sí mismos, lo que ofende á la honra, lo que perjudica á la hacienda y lo que se opone á nuestros gustos y caprichos, objetos son todos que, representados á la imaginación como injuriosos, nos excitan la ira y hacen que el hombre se convierta en un sér irracional; por lo que aconsejamos, como nuestro sabio hizo, al iracundo; que cuando esté poseído de tan ciega pasión se mire al espejo, y viéndose en él la caraseaborreca á sí mismo, y teniéndose miedo procurará apartarse de las ocasiones que puedan hacerle incurrir en tan lamentable vicio.

Cualquiera, por humilde que sea, siente dentro de sí una generosa excelencia á que se opone el desprecio, y ésta es causa mayor que motiva la ira, pasión tan ciega, que la mayor parte de las veces se fomenta sin razón, privando de ella á quien la tiene y negando el poder discernir con reflexión.

Ejemplos vemos continuamente que nos harían no poseernos nunca de tan perjudicial vicio, y que nos evitarían el citar otros; por lo que no terminaremos sin reseñar algunos que sirvan de saludable lección á aquellos que, sin razón la mayor parte de las veces, dejan de ser hombres, por apoderarse de ellos tan terrible enemigo.

Cuéntase de Neron que, al darle la noticia de que se había rebelado la Galia, en el momento en que se hallaba comiendo, apoderándose de la ira, cogió la punta del mantel, y creyéndose que la mesa era la Galia y los objetos que sobre ella había sus vasallos, lo arrojó todo al suelo, ha-

ciendo pedazos unos vasos preciosos, que despues contemplaba, sintiendo haberse cegado tanto por tan insufrible vicio.

Muchos abusos como éste se ven, y que siempre son perjudiciales para el individuo que, no pudiendo vengarse de quien él desea, descarga contra sí propio los ímpetus de la ira, y bramando eual fiera rabiosa, rasga sus venas con las uñas, abriéndose profundas heridas, y juzgando en su ciego enojo una gran satisfaccion la pérdida de su vida.

¡Triste necedad la del hombre que, poseído de la cruel impresion de la ira, no le queda accion suya, cediéndolas todas á tan lamentable violencia!

Por esto decia Séneca, con lo que estamos completamente conformes:

«El hombre más poderoso de la tierra es el que se domina á sí mismo, consiguiendo la más esclarecida victoria: más grande aún es que el ser vencedor de las más rebeldes ciudades.»

Hay muchos, muchísimos y tan injustos en el exceso de la ira, que les enoja lo mismo que les debía aplacar, tomando por estímulo aquello que debía servirles de freno; pero estos seres son como los tigres, que en oyendo tañer algun instrumento se embravecen hasta acabar consigo mismos.

Nada hay ni puede haber más eficaz contra los estímulos de la ira que ver á otro poseído de ella; porque viendo la fiera del iracundo, se adquiere el deseo de tranquilidad, por no parecer á la vista de otro lo que á la suya ofende tanto.

Hay quien, habiéndose casado con una mujer que era dominada por tan poderoso vicio, llegó á aprender en ella á tener serenidad, procurándose tranquilidad en todas sus acciones, hasta el punto que jamas se le vió poseído de la ira, y sí obrar con ella cual merecía, despreciándola despues de haber puesto en juego cuantos ejemplos creyó prudentes para convencerla.

¿Qué le hubiera sucedido obrando de otra manera?...

¿Qué hizo para convencer á sus amigos de resolucion semejante?...

Impulsarles á la persuasion del carácter iracundo de ella y la tranquilidad y serenidad de él.

Resultando que todos los que presenciaron escenas íntimas tomaron la tranquilidad de su amigo como una prudente enseñanza, en vez de una murmuracion de la libertad que permitia á su compañera.

Otro ejemplo de serenidad y prudencia tenemos entre aquellos dos reyes que en guerra fué vencido uno, y tanto pudo su ira, que con escandalosa soberbia arrojó la corona y las armas á los pies de su vencedor.

Este, al ver á su vencido ya sumiso, pues se habia desposeído de tan lamentable vicio, le dijo: «Levantad la rodilla de tierra, tomad vuestra corona, recoged vuestras armas y seguid mandando vuestro reino».

Esta accion, sólo digna del héroe más generoso, es tambien digna de imitacion y corrobora nuestro aserto.

La ceguedad de la ira es tanta, que no permite distinguir las personas contra quienes se dirige, haciendo tan grande la pasion como el error cometido.

Por eso decimos que el que es dominado por tan repugnante vicio, es aún más fiero que los animales; y en prueba de ello, trazamos un ejemplo:

Un perro que á cualquier ruido que oye se enfurece y ladra, amenazando toda clase de estragos, si llega á conocer á la persona contra quien amotina sus enojos, todas aquellas amenazas las convierte en blandos y cariñosos halagos.

Pues bien: si un bruto tiene natural instinto para recobrar aquel súbito estímulo de la ira, convirtiéndolo en amenazas en apacibles demostraciones, ¿por qué el hombre, que tiene razon para considerar, no se contiene en los prudentes límites de la paciencia?

¿Por qué el hombre, teniendo conocimiento, no reflexiona y ve de conseguir la moderacion en su enojo?...

Porque el hombre tiene conocimiento y el animal instinto.

La ira es, pues, el más execrable de los vicios y no puede haber objeto disculpable contra que dirigirla; porque siendo riguroso instrumento de venganza é inventada para la ofensa, procurando que ésta no surja en el mundo, no llegará el caso de dar expresion á consiguientes sugerencias.

Pero aún siendo así, véase el silogismo hecho por Séneca, en la siguiente prueba: «Si el que ofende es amigo, perdónale porque no fué ésa su intencion.

Si es enemigo, perdónale porque obró el odio de su sinrazon.

Si es niño, perdónale porque la edad ó la inocencia le disculpa.

Si es sabio, perdónale porque cede á su conocimiento.

Si es necio, perdónale porque es digno de lástima.

Si es conocido, perdónale y oculta el dolor.

Si es extraño, perdónale porque no faltó á tu deuda, sino á su galantería.

Si es ofendido, perdónale porque no le diste ejemplo.

Si es juez, perdónale si no es justo.

Si es poderoso, perdónale porque nosotros mismos hemos hecho que sean unos más que otros.

Si es mandado, perdónale porque es digno de desprecio.

Si es bueno, perdónale porque será castigo.

Si es malo, perdónale y no le hagas caso.

Si es público enemigo, perdónale porque todo el mundo que lo sabe te venga.

Si es mujer, perdónala, compadeciéndote de su fragilidad; pues nació este sexo madre del error, y sólo merece el desprecio.

Si empieza á ofender, espera á ver si se enmienda.

Si continúa, perdona de nuevo y sé indiferente.»

Creo que no hoy más estados en el mundo, por lo que no hay ofensa á que deba corresponder la ira á la venganza; pero si alguno más hubiese, aconsejamos, como Séneca, que no habiendo ira contra quien, quiera que ofenda, sólo debe haber confesion para el ofensor y desprecio para el ofendido.

Así lo hizo Diógenes, al salir á las doce del día con una linterna en busca de un hombre á la plaza en que todos sus convecinos estaban reunidos.

—Diógenes, ¿no ves que esos hombres te escarnecen y hacen burla de tí?

—¿Qué importa que ellos me escarnezcan y se burlen, si yo no me creo escarnecido y burlado?

Contestacion propia sólo de un sabio, aunque éste fuera de los apostrofados como cínico.

Aconsejamos, pues, que se refrene la ira en todas sus partes, y en vez de vengarse de quien la ocasiona, perdónesele, haciéndose de este modo un amigo y no un enemigo.

Nadie que esté dominado de tan villana pasion como es la ira, podrá acreditar que posee prendas generosas de virtud, porque basta ser iracundo para confundir todas las virtudes de que se crea revestido, sin que se suponga ninguna en el ánimo del que acoge tan enorme vicio, por lo que creemos harán todos eterna observacion de tan esencial consejo.

PRUDENCIA DE CENTENERA.

Tres sonetos de Shakspeare.

TRADUCCION LITERAL DEDICADA Á LA INSPIRADA POETISA COLOMBIANA DOÑA MARÍA DE HARO GAD.

I
Ya cansado de todo,
Invoco de la muerte
El eternal descanso,
Que por mi daño veo
El mérito nacer en la miseria
Y entre dichas sin fin las nulidades;
Violada indignamente
La fe sencilla y pura,
Y la dorada hora
Puesta para ignominia
Donde estar no debiera;
La virginal pureza prostituida
Por la brutal pasion, y la intachable
Limpia virtud en deshonor tornada,
Observo que un poder inconsistente
Paraliza la fuerza;
Que enmordaza al saber el despotismo;
Que la locura, presumiendo ciencia,
Al talento esclaviza; que se toma
Por simpleza no más la ingenua y noble
Lealtad; que el Bien, cautivo,
Sirve al Mal, su señor; y, pues tal veo,
Desaparecer quisiera de este mundo
Si al morir no temiera
Dejar en soledad al sér amado!

II
No hay nada que se oponga
Al simpático abrazo de las almas.
No es amor el amor que desconcierta
Un cambio pasajero, ni el que duro
Paga con un desvío otro desvío.

III
¡Oh! ¡No! Faro inmutable
Es el amor del alma, que contempla
Las borrascas pasar sin comoverse;
Fija estrella guadora
De toda nave que sin rumbo vague;
Astro luciente cuya altura midese,
Cuya fiel entidad es un misterio!

—
No es del tiempo juguete,
Por más que éste destruya
Con su corva guadana
Róseas mejillas y purpúreos labios;

No cambia con las horas
Ni los fugaces días;
¡No! ¡Que ha de ser el mismo,
Siempre el mismo, hasta el fin de las edades!

III
Pobre alma, centro de mi inmundo barro,

Juguete de la carne
Que indócil te aprisiona,
¿Por qué así languideces escondida.
Y silenciosa y triste te consumes,
Tan esplendentes galas reflejando
En tus extensos muros?...
¿Por qué haces, dime, tan enormes gastos
En un viejo edificio
Que en ruinas se desploma?...
¿Por ventura el gusano,
De ese lujo heredero,
Podrá roer dispendios semejantes?...
¿Es tu término acaso
El fin de la materia?...
No, alma; vive á expensas de tu siervo,
Deja que se extienda
Para acrecer tu espléndido tesoro;
Adquiere la divina
Eternidad en cambio
De efímeros placeres;
Internamente adórnate,
Y no más engalanes
El exterior gastado.
Obrando de ese modo,
Tomarás alimento de la muerte
Que, á su vez, de los hombres se alimenta;
Y aniquilada al fin la muerte misma,
Te alzarás inmortal de entre su seno.

A. J. PERES BONALDE.

¡Come hear!

GRITO DE LLAMADA EN LAS MONTAÑAS DE ESCOCIA.

La poética y romántica Escocia es uno de los pocos países que ménos han cambiado desde fines del siglo XV hasta nuestros días, oponiéndose á toda innovacion, por una parte, el carácter independiente y altivo de sus hijos, y por otra, esas cordilleras de montañas que le sirven como antemural, para cerrar el paso á lo que de algun modo tienda á alterar la gloriosa pureza de sus costumbres.

Todo puede decirse que se encuentra allí lo mismo que en la época remota que Inglaterra hacia guerra sangrienta al poder de Luis onceavo de Francia: las mismas atalayas en los picos de los peñascos; los mismos castillos almenados en la cima de los montes, las mismas casas solariegas con los blasonados escudos de sus señores; los mismos cuentos y consejas corriendo de boca en boca de los highlanders; los mismos cantos pastoriles, que parecen el eco perpetuo de aquellas montañas; el mismo aire de galantería caballeresca que se desplegaba en los torneos de Halinghem, y para que nada falte á la similitud, los mismos trajes pintorescos que se usaban entónces, y de los que un escocés no se desprende nunca, porque creeria despojarse de una parte de su existencia y de uno de los distintivos más característicos de la patria.

Cualquiera diria, al visitar los silvestres y pintorescos campos del reino de María Stuardo, que las revoluciones modernas no han limado allí las cadenas del feudalismo, ni que se han roto los pendones de los antiguos señores, que tantas veces tremolaron en las célebres guerras civiles que dividieron á las casas de York y de Lancaster.

Dicho se está, despues de esta rápida ojeada á vuela pluma, y dados los hábitos y la configuracion topográfica del país, que Escocia ha sido siempre, y continúa siendo ahora, una tierra donde la caza es, no ya un entretenimiento, ni un ejercicio, sino el estado natural del hombre, que afila desde niño el puñal que pende de su talabarte de cuero, para hundirlo en el corazon de una res y recibir así el bautismo de sangre que le hace tomar plaza honrosa en las expediciones venatorias.

La caza es allí una especie de religion á la que se rinde su correspondiente culto. De trecho en trecho, y en un raso donde los agigantados árboles de la selva dejan anchos intervalos á la vista, y desembarazado el suelo de breñas y malezas, se alzan capillas de tosca arquitectura, costeadas por una cabana en que vive el ermitaño ó sacerdote que celebra en aquellas soledades el sacrificio divino. En el reducido templo no hay más que un altar y una imágen que representa á San Guillermo, patron de los cazadores, con una gran corneta pendiente del cuello y dos lebreles tendidos á sus pies. Los ornatos interiores de estas capillas, diseminadas en todas partes como estrellas brillantes en el cielo de la fe, trenen á la memoria las ocupaciones á que se dedicaba el santo cuando vivia. Riquísimos despojos de animales sirven de tapiceria y colgadura en torno del altar. Arcos, ornamentos y al-

jabas interpolados con cabezas de venados y de lobos, cubren las paredes y los pilares, dando á los adornos un rudo y selvático carácter. Las misas que se celebran allí son tan cortas como grande la importancia de los cazadores por entregarse á su recreo favorito.

Una vez terminado el sacrificio y recibida la bendicion, se organiza la batida, y por aquellos montes y vericuetos se dispersan centenares de bravos montañeses, que van á acorralar á las reses ó á las piezas en el punto determinado que conviene á su propósito.

Los escoceses no se despojan nunca ni con ningun motivo de su traje nacional, como ya hemos indicado. Llevan cubierta la cabeza con la gorra azul, que todo el mundo conoce, adornada con una rama de acebo y una pluma de águila. Un chaqueton de paño, tambien azul, les cubre hasta la cintura, luciendo una banda ó plaid de que pende el zurroncillo, color escarlata. En vez de calzones visten una nagüeta de tela dibujada á cuadros de vivísimos colores. La pierna va desnuda desde la mitad del muslo á la pantorrilla, y usan borceguí de piel de gamo á medio curtir, y media gruesa de cuadros blancos y encarnados. El cuchillo de monte cuelga de un cinturón, y la escopeta va á la espalda pendiente de la correa, mientras se apoyan con la mano derecha en el grueso y herrado baston, que es indispensable á todo el que transita por quebraduras y terrenos montañosos.

Los escoceses ó highlanders, como se les llama en la Gran Bretaña, obedeciendo á su valeroso instinto y á sus arraigados hábitos de independencia, son poco aficionados á organizar batidas y á obrar disciplinadamente y de comun acuerdo. Cada cual se dirige al puesto que más le cuadra, y da caza á las reses por su propia cuenta, confiado en su valor individual y en su destreza. Duran las cacerías semanas enteras, sin que el cansancio doble los músculos de acero de aquellos robustos cazadores, que trepan á las alturas con agilidad prodigiosa, corriendo á veces más rápidamente que la pieza que persiguen.

F. C.

La guitarra.

Apesar de ser conocida la guitarra en tiempo de los árabes, y aún antes, y de emplearse indistintamente por los tocadores guitarras árabes ó latinas, la de nuestros días, la adoptada por nuestro pueblo es bien diferente de aquéllas y de invencion más moderna. Tuvo en su principio cuatro cuerdas; el poeta y músico Vicente Espinel le añadió la quinta, y posteriormente se le agregó la sexta que hoy completa el instrumento.

La imperfeccion de la guitarra, juntamente con la ejecución pobre de sus tocadores, aún en el siglo XVII, hicieron exclamar á Covarrubias, por el año 1675, quejándose del abandono del estudio de la vihuela por el del instrumento que historiamos, que éste no era más que un encerro de fácil tañer, especialmente en los rasgados, y que no habia mozo de caballos que no lo tocases. Pero el P. Basilio, gran contrapuntista y organista en el convento de la orden del Cister en Madrid, desmintió completamente la opinion de Covarrubias sobre este instrumento, siendo el primero que estableció el método de tocar punteado y el que le sacó del uso y empleo de acompañar «seguidillas, canciones y tiranas», que tan en boga estuvieron en el siglo XVII.

Desde esta época data verdaderamente la importancia de la guitarra, dedicándose á ella artistas que, por su buena ejecución, llegaron á conquistar un nombre distinguido, y en el siglo actual D. Dionisio Aguado, D. José Huertas y D. Fernando Sor, venciendo inmensas dificultades, consiguieron presentar de una manera prodigiosa y admirable todas las buenas cualidades y grandes bellezas de este instrumento de «punteo», de invencion árabe-española. Tales progresos se propagaron con rapidez, adoptándose no sólo en España, sino tambien en otras naciones y en América, y donde quiera que los hijos de esta península habian llevado en otro tiempo, con sus glorias, su idioma, sus altares y sus costumbres.

Si este instrumento no ha podido formar parte de la orquesta, acaso porque sus sonidos dulces y apagados no pueden producir sensaciones vivas é impresiones fuertes, cual hoy se desean y que tan de moda están, es en cambio tan agradable, se presta tanto á la expresion y tiene tan dulce melancolía, que es irresistible en ocasiones dadas. Para la inspiracion de un

buen artista, posee la guitarra condiciones muy apreciables, y bajo la presion de una mano maestra, sabe responder á los afectos del alma como si fuera la verdadera manifestacion del sentimiento que hace harir sus cuerdas.

Por el desprecio de los músicos compositores no se admira en los teatros ni en la buena sociedad el mérito de los arpeggios ni la riqueza de los acordes de este instrumento; pero, en cambio, son bien pocos, incluso esos músicos declarados sus enemigos, los que dejan de comoverse al escuchar sus vibraciones, que saben imitar suspiros y lamentos que llegan á lo más profundo de nuestro sér, teniendo la plenitud de su dominio cuando acompaña á una voz de buena calidad, dulce y entonada.

La guitarra, desechada por los músicos de sus combinaciones instrumentales, ha sabido desquitarse de este injusto desaire, formando por sí sola una pequeña orquesta que el pueblo ha adoptado como muy suficiente para satisfacer sus necesidades musicales y acompañar los preciosos cantos que forman el bien ponderado género popular español.—Un aficionado. (De El Semanario Murciano.)

Declaracion.

—¡Yo te amo!—le dije una mañana En que cruzar la vi junto á mi lado. Y no volvió los ojos á mirarme, Y despreció mi halago.

Se hundia el sol cayendo en Occidente Cuando otra vez apareció á mi paso; —¡Te amo!—le dije; y aunque altiva y fiera, Sus ojos me miraron.

La hallé otra tarde plácido y serena Cogiendo flores en el verde prado. —¡Te amo!—le dije; me miró risueña Y suspiró su labio.

En una noche del ardiente estío La blanca luna estaba contemplando; —¡Te amo!—le dije, y con acento dulce Me contestó:—¡Te amo!

R. BLANCO ASENCIO.

Imprudencia de dos pescadores.

La pesca tiene sus dramas como la caza. Este año la apertura en París ha sido notable por varias desgracias.

Un jóven pescador, M. Potier, que se habia dormido imprudentemente, con la caña en la mano, en una almadia que servia para las reparaciones de la compañía de barcos-ómnibus, perdió el equilibrio y se ha ahogado, apesar de los socorros con que se acudió en su auxilio.

En el bosque de Boulogne otra desgracia ha tenido consecuencias ménos terribles, concluyendo la aventura de una manera casi cómica.

Un empleado en el camino de hierro del Oeste tiene la costumbre de pescar en la estacion actual todas las mañanas en el lago.

Toma, pues, el tren de los trabajadores, que le conduce á las cinco de la mañana enmedio del bosque. Pasaba tranquilamente por una calle de árboles, cuando llamó su atencion una voz pidiendo socorro.

Era un pobre diablo de pescador de caña que se habia caído en el agua, tan tranquila como fria.

Siendo, como es sabido, el fondo del lago del bosque de Boulogne en forma de cubeta, á cada movimiento que hacia el desgraciado para aproximarse á la orilla daba un resbalon involuntario que lo zambullia de nuevo enmedio del agua.

Al mismo tiempo que el empleado en el camino de hierro se precipitaba hacia el ribazo, un charaban de domar caballos de tira llegaba igualmente á los gritos de socorro. Los automedontes que conducian el carro se unieron con el anterior para ver el modo de poderlo sacar del agua.

El desgraciado pescador, que daba siempre un resbalon en la pendiente del fondo, exclamó al ver la larga fusta del domador: —¡Deme usted la fusta!

—Ya lo merecia usted,—contestó el empleado, por haberse caído en el lago.

Le arrojaron la fusta como una amarra; pero al esfuerzo que hizo para cogerla, el imprudente pescador desapareció.

No habia que dudar en aquel momento ya; se arrojaron al agua, y sacaron al pobre diablo aturdido y medio muerto del susto á la orilla.

Allí refirió que, queriendo encender un cigarro, habia perdido el equilibrio.

La moral de estas dos historias es que los pescadores de caña no deben ni dormirse ni fumar cuando se entregan al arte delicado de coger peces.